

La toponimia porteña en las novelas de Ernesto Sábato

Myriam Lefort
Université d'Angers

En las novelas de Ernesto Sábato : *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador*¹, el papel clave y bivalente de Buenos Aires, conjuntamente marco espacial y metáfora de la Babilonia moderna, ya no es de demostrar. Lo concretó Karl Kohut en su artículo : "Ernesto Sábato : novelista de la metrópoli"². Entonces, nos proponemos estudiar aquí más precisamente el elemento básico en el que descansa la traslación del espacio porteño al espacio novelesco : la toponimia. Nos interesa observar cómo ese signo lingüístico, ya codificado, directamente sacado de la realidad extratextual se amolda, se impone o se somete, al discurso literario de Sábato.

El escritor sabe en efecto que a pesar de su carácter aparentemente fijo, el topónimo es un sintagma *dinámico* ya en el ámbito del uso colectivo. Así, Sábato nos recuerda que el nombre mismo de la capital argentina se convierte en Baires (A, p. 363) en los salones de la oligarquía porteña y en Bueno Saire (S, p. 164) en boca de los inmigrados italianos. Se atreve también a presentarlo en un proceso de apropiación más personal e incluso lúdico, con Quique. Según la teoría de ese personaje esnob, "si tenés un apellido grasa tenés que defenderte como un gato panza arriba" (S, p. 233). Convida entonces a sus amigos a que forjen nuevas identidades valiéndose de esos apellidos de respetabilidad garantizada ya que se admitieron como topónimos :

"Los subtes, les doy el dato, son un verdadero filón. Tomen, por ejemplo, la línea a Palermo (...) : Chuchi *Pellegrini* (medio sospechoso, pero así y todo da cierto golpe, porque el gringo fue presidente), Mecha *Pueyrredón*, Tota *Agüero*, Enriqueta *Bulnes*. Realizan?" (S, p. 234, el subrayado es nuestro).

Una serie de indicios nos induce pues a opinar que Sábato cumplió una verdadera reflexión en torno al potencial expresivo de los nombres de lugares y por lo tanto, nos importa ver cómo a varios respectos no solamente es "novelista de la metrópoli" (Sábato), sino también poeta de la onomástica porteña, lo que supone un pacto de lectura particular.

Ya en preámbulo, conviene señalar que la aparición del topónimo en las novelas de Sábato es reflejo de una estrecha

relación física y afectiva entre el espacio del creador y el espacio de lo creado. Dicha relación se apunta en A mediante una trasposición especular de Sábato-autor a Sabato-personaje con el subterfugio de la ausencia de acento ortográfico en el apellido del segundo. La puesta abismal pone en escena al autor vagando por las calles porteñas mientras elabora su obra. Ciudad minuciosamente recorrida y aprehendida por el novelista, Buenos Aires se manifiesta en la narración y en grado especial en S y A con un extenso repertorio de datos toponímicos, desde las alusiones a múltiples barrios : *el Bajo, Barracas, Belgrano* ... hasta la focalización en el elemento ciudadano más reducido, cual el banco cerca de *la estatua de Ceres en el Parque Lezama*, con el que se abre la primera parte de S. Entonces, ese afán por nombrar las partes de la ciudad puede concebirse como una declaración amorosa : el autor toma posesión del espacio real a través de la palabra y eterniza en la narración los nombres de SU Buenos Aires³.

Sin embargo, no debemos olvidar por ello, que en estas novelas, los topónimos e itinerarios siempre exactos integran un código de reconocimiento colectivo. Se utilizan para identificar el lugar de la acción, con referencias a las arterias, plazas y edificios urbanos más destacados, citemos por ejemplo *las avenidas Corrientes, Mayo, del Libertador...*, *las Plazas San Martín, Mayo...*, *la Torre de los Ingleses, el rascacielos Kavanagh* ...) como a unas calles, casas, iglesias o boliches escondidos en unos rincones porteños. Por lo tanto podemos delinear el marco espacial de la narración y comprobar que ésta se desarrolla en primer lugar en la ciudad porteña por excelencia, esa parte fundacional a partir de la cual se explayó la ciudad en abanico, volviendo la espalda al río. La elección muy frecuente de la aparición del topónimo para ubicar a los personajes se justifica según las pautas tradicionales ya que corresponde obviamente con la necesidad de situarlos en un marco real que pueda concretarlos. Incluso el lector que no conoce Buenos Aires se someterá a esa sensación de realismo que emana de la acumulación toponímica, porque sugiere la existencia de un espacio extratextual codificado. La actitud de Fernando, personaje-redactor del "Informe Sobre Ciegos" en la tercera parte de S resulta a este respecto muy reveladora. Cuando investiga sobre la Secta de los Ciegos, o Secta de las Tinieblas, su meta es escribir un informe con el rigor de la investigación policíaca o científica. Recurre pues a la inflación de detalles toponímicos ya en la etapa inicial de su búsqueda :

"Recuerdo perfectamente, en cambio, los comienzos de mi investigación sistemática (...). Fue un día de verano del año

1947, al pasar frente a la Plaza Mayo, por la calle San Martín, en la vereda de la Municipalidad.” (S, p.263)

y en la etapa final :

“Descendieron en la calle Sucre. Por Sucre siguieron hasta Obligado y por esta calle, derecho hacia el norte, hasta Juramento, por ella hasta Cuba, por Cuba nuevamente hacia el norte ; al llegar a Monroe volvieron a Obligado (...) después de aquel recorrido iterativo volvieron a la placita donde está la Iglesia de la Inmaculada Concepción.” (S, p. 331)

Ahora bien, el efecto realista podría conseguirse con cualquier topónimo y si no lo crea Sábato, en todo caso, tiene que seleccionarlo dentro de la variedad ofrecida. Cabe pues preguntarse si se escoge el lugar y se impone entonces su nombre o viceversa.

En primer término, parece obvio que al plantear la acción en un espacio ya codificado, en el que como en cualquier metrópoli impera una estructuración sociocultural del marco urbano, el autor debe tomar en cuenta la sagacidad del lector conocedor de Buenos Aires y tiene que respetar las coherencias externas. En fin, debe elegir un lugar adecuado y su nombre se impone muy naturalmente, con un mero papel de identificación. Tomemos un caso entre otros. Cuando los personajes quieren emborracharse, Sábato los ubica en los cafetines de la parte portuaria *del Bajo* y más precisamente para Castel en las calles *25 de Mayo* o *Leandro Alem* (T, p. 143). Pero lo que aquí nos importa subrayar es que esa estructuración del espacio urbano se patentiza varias veces de forma interna, con unas expresiones como “la oligarquía del Barrio Norte” o por ejemplo con ese juicio de Quique, pariente de los viejos Olmos :

“yo ADORO a los Olmos. Empezando por el solo hecho de vivir en Barracas ya hay motivo para que la haute se muera de risa. (...) me querés decir quién, pero QUIÉN vive en Barracas ? (...) Nadie, fuera de unos cuatrocientos mil grasitas” (S, p.230)

De esta forma, el autor no sólo acata la rigidez de la asociación nivel social-lugar sino que la dinamiza al plasmarla en boca de los propios personajes con un topónimo determinativo. Se indica al lector que recorrer el espacio porteño con los topónimos también significa cumplir incursiones en diferentes estratos sociales, lo que es primordial si recordamos que en estas novelas, la imagen de la

ciudad decadente estriba en una exploración de las diferentes clases sociales⁴.

También debemos señalar que en virtud de la relación estrecha que se establece entre el autor y Buenos Aires, el topónimo se impone en muchas ocasiones después de elegir un lugar, a menudo clave, en función de lo que le sugiere al autor. Nos lo confirma Sabato-personaje cuando al encontrarse en el cruce del ferrocarril de la calle Mendoza en Belgrano contempla "un sitio de ominosa melancolía : los baldíos, los árboles, el farol sacudido por el viento del sudeste, el terraplén" y opina que es "un hermoso lugar para que un chico se suicide" (A, pp. 249-250). Ahí es donde Sábato-autor ubica al joven Nacho cuando piensa en suicidarse al final de A.

Dicho esto, preciso es recordar que el topónimo a semejanza de cualquier signo lingüístico revestirá su significado pleno de identificación en la medida en que se utilice por su valor distintivo respecto a los demás elementos de su clase. Para el caso que nos preocupa, ese signo tiene normalmente un valor topográfico : por una parte permite situar un lugar dentro de una estructura llana, bidimensional y por otra parte se relaciona con un espacio tridimensional.

Empero, en las novelas de Sábato, no ocurre así. Por lo contrario, asistimos a una anulación de este tipo de estructura.

En cuanto a la estructura llana, debido a la construcción parcelaria de las narraciones en capítulos que no mantienen entre sí una continuidad espacial ni a veces cronológica, tenemos la sensación de enfrentarnos en las diversas secuencias con un nombre de calle, parque, ... o un itinerario condensado a menudo en una misma frase, sin que podamos situar ese fragmento del espacio respecto al que sigue o precede. Buenos Aires se convierte con ese empleo de los nombres de lugares en un espacio literario laberíntico que corre parejo con la imagen de la Babilonia moderna y también en conformidad con la obsesión de los personajes sabatianos, en perpetua búsqueda del Otro o de sí mismos. El espacio se hace laberinto iniciático de esta búsqueda y la toponimia se relaciona con un código de utilización del espacio. O sea en muchos casos el elemento particularizante, el nombre mismo sugiere la existencia de un referente real, mientras que el elemento genérico (calle, café, parque, puente) se asocia de forma casi sistemática con unas expresiones que definen un tipo de comportamiento dentro de esa búsqueda existencial : la calle se relaciona con "seguir" ("perseguir"), "cruzar", "la vereda de enfrente", "ver alejarse" ; el puente Belgrano o de Avellaneda con "contemplar" ; el parque con "hablar", "comunicarse", "encuentro" o con "cavilar", "meditar",

“pensar con tranquilidad”, (es lugar de extraversion o introversion); y el café situado en las esquinas es sitio predilecto para “esperar” y “observar”. Uno de los fragmentos más significativos a este respecto se halla entre las páginas 75 y 81 de T, donde Castel debe entrar en contacto con María. En este episodio se alude a un espacio de referencia, la calle San Martín, y se recurre a una sucesión de expresiones simbólicas sin nombres precisos: “verla caminar por la vereda de enfrente”, “seguir su marcha por la vereda de enfrente”, “tenía que cruzar la vereda y acercarme”, “decidirme a esperar con serenidad en el café de la esquina, desde cuya vereda podía vigilar la salida de la gente”... Holgado es apuntarlo ahora, en los casos de ausencia de nombre, el parque, la calle, el café cobran en este sentido un valor cuanto más simbólico.

Por lo que se refiere ahora al segundo aspecto, la identificación de un espacio tridimensional, la actitud de Sábato es ambigua. Se notan numerosos casos en los que el autor cuenta con la complicidad de algunos lectores porteños para restituir una imagen de tipo flash ya memorizada. Citemos algunos ejemplos:

“Al entrar en la habitación del viejo, recordó una de esas casas de subastas de la calle Maipú” (S, p. 77)

“contemplaba la Torre de los Ingleses” (S, P; 240)

“cerca de la plaza Grand Bourg (...) miró la casa del general San Martín” (A, p. 77) ...

Pero se escamotea cualquier descripción mimética de los lugares. Tenemos mención escueta del topónimo y sólo se admite de vez en cuando la presencia de un árbol, un banco o algunos elementos simbólicos. Por lo tanto se identifican más bien lugares de dimensión psicológica (recuérdese el caso del cruce del ferrocarril de la calle Mendoza, aludido antes). Algunos topónimos acaban así por inscribirse en el proceso de apropiación literaria del lugar y según las motivaciones del autor, pasan a determinar un lugar simbólico de un estado de ánimo o un personaje⁵. Incluso, en dos ocasiones más extremas se opera una mitificación del lugar y el nombre real toma una nueva dimensión que sobrepasa los límites del referente espacial porteño. Así ocurre con los subsuelos de Belgrano que se convierten en S y A, en espacio fantasmagórico de *revelación* de las fuerzas de las Tinieblas. Se justifica pues el deseo legítimo de Fernando de descartar el topónimo real y de volver a bautizar el barrio que constituye la etapa final de su pesquisa:

“ya no eran los números de ómnibus que iban a Retiro y a la Facultad de Derecho, al Hospital de Clínicas o a Belgrano, sino a las puertas de lo Desconocido.” (S, p. 331).

Cuando se completa la cosmovisión vertical en A, con el cielo encima del Riachuelo, la repetición de la secuencia toponímica que elabora el trayecto de la esquina de almirante Brown y Pinzón a la esquina de Brandsen y Pedro de Mendoza, se convierte en un código interno que parece desencadenar las alucinaciones del loco Barragán, la aparición del apocalíptico “dragón con siete cabezas” encima de la desembocadura del Riachuelo (A, p. 12 y 444).

En resumidas cuentas, en la relación lector-autor, los topónimos reales jalonan también el itinerario de un Buenos Aires esencialmente sabatiano. La toponimia se utiliza para elaborar un espacio de desplazamiento identificable pero laberíntico y simbólico. Se difumina el “color local” tridimensional, a pesar de lo que podía dejar suponer la profusión toponímica, para que se establezca otro código de reconocimiento, el de la exploración sociopsicológica de los personajes, porteños y ciudadanos.

Ahora cabe examinar la segunda alternativa en la motivación del autor para elegir el topónimo: la utilización lingüística del nombre mismo. En varios estudios de personajes sabatianos se hizo hincapié en la elección significativa del antropónimo para la connotación del personaje (María - madre, Castel y del Castillo - encierro ...). Veamos entonces si no podemos rastrear el mismo afán expresivo en la selección de algunos topónimos. Parece en efecto que Sábato le restituye al nombre su significado prístino para así connotar o dar su verdadero sentido a un episodio, pasando así francamente de novelista a poeta de la onomástica porteña.

Veamos algunos ejemplos. En S, mientras se queman las iglesias en la histórica noche del 16 de febrero de 1955, un joven, especie de Cristo moderno redime a los demás salvando del fuego una imagen de la virgen de los Desamparados y su acto reviste su real dimensión cuando la lleva por la Avenida *Santa Fe* “mientras la corona estrellada se le estaba clavando en la cara” (S, p. 253). En un registro afín, el joven Martín, en la última parte de S busca “un Dios Desconocido” (la *paz* interior), antes de encontrarlo, como en la tradición cristiana cumple largas peregrinaciones por el laberinto de la ciudad. Al final la atraviesa de par en par hasta la cintura periférica muy convenientemente llamada Avenida General *Paz* y acude finalmente al amparo de la humilde Hortensia *Paz*. El topónimo se incorpora ahora en una red de alusiones.

Volvamos al "Informe sobre Ciegos" de Fernando. Éste persigue a la Secta del *Príncipe de las Tinieblas* y vive en Villa *Devoto*⁶. Un lugar estratégico en su pesquisa es el número 57 de la calle *Paso*. Lugar de *paso* simbólico entonces hacia la meta final en la Plaza de la *Inmaculada Concepción*, debajo de la que se descubren las Fuerzas del Mal y la "innumerable Basura" de Buenos Aires. La incongruencia del nombre deja mejor constancia de la falacia e hipocresía del mundo de arriba. Además, cuando Sabato-personaje relata en A un hecho de la banda criminal de Calsen piensa en un detalle que describe "el irónico sadismo de Calsen": "el dinero debía ser entregado en el atrio de la Iglesia de la Piedad" (A, p. 36). Parece a todas luces que el autor nos invita a dibujar el paralelo con los episodios mefistofélicos de S y A, que él ubicó debajo de la Iglesia de la Inmaculada Concepción.

Otra manera de otorgarle al vocablo su cabal sentido es su empleo para sugerir la fusión de los espacios. Bruno alter ego de Sabato recuerda en S el año 1931, año en que para escapar a las represalias policíacas, se refugio en una pensión de la calle *Brasil*, en una piecita que daba a la calle *Lima*. Se sugiere pues el exilio simbólico del personaje ya en otro referente espacial. Más interesante es la dilatación del espacio porteño que se opera con los nombres de cafés, bar, boliches, restaurantes, y hoteles que constelan la narración: "el Moscova", "La Helvética", "el Zur Post", "El Rousillon", "el Ukrania", "el Warszawa"... Tienen un significado bivalente: a la par que concretan el origen de la población argentina y expresan la añoranza de la patria de los antepasados, nos invitan a ver en Buenos Aires una muestra, un conglomerado de todas las ciudades del mundo. Ilustran el juicio de Bruno que ve en Buenos Aires "La ciudad gallega más grande del mundo. La ciudad italiana más grande del mundo. Etcétera" (S, p.161).

Pero el significado al que sin duda recurre más Sábato es la fusión de tiempo y espacio. En la vieja casa destartalada de Barracas, Martín oye de boca del viejo abuelo Pancho varios episodios de la historia argentina y bonaerense y al salir de esa casa:

"Empezó a reflexionar con lentitud: era imposible ir a Montes de Oca y tomar un ómnibus, parecía demasiado brutal. Decidió irse caminando pues, por Isabel la Católica hacia el lado de Martín García; la calle vieja le permitió ordenar poco a poco sus pensamientos encontrados" (S, p.95).

Notamos aquí una conformidad entre acción, potencial sugeridor del lugar ("la calle vieja") y topónimos. Antes de enfrentarse de nuevo con el mundo moderno, va remontando los grandes acontecimientos históricos fundadores de la Argentina : Isabel la Católica y la conquista de América, Martín García y la primera expedición de Díaz de Solís por el Río de la Plata. Para confortarnos en esa opinión, no podemos sino aducir esas declaraciones muy elocuentes de Alejandra, última descendiente de los Olmos :

"Después de atravesar en silencio el parque Lezama, tomaron por Hernandarias.

(...)- Algún día te mostraré papeles que todavía quedan en aquella petaca del comandante. Papeles sobre éste.

- ¿Sobre éste? ¿Quién?

Alejandra señaló el letrero.

-Hernandarias.

- ¿En tu casa ? ¿Y cómo?

-Papeles, nombres de calles. Es lo único que nos va quedando." (S, p.114)

A continuación, recita dos estrofas del poema de Borges cuyo título, "Noche cíclica", acaba de convencernos acerca de la función temporal de algunos nombres de lugares en la narración :

*"Ahí está Buenos Aires. El tiempo que a los hombres
trae el amor o el oro, a mí apenas me deja
esta rosa apagada, esta vana madeja
de calles que repiten los pretéritos nombres
de mi sangre : Laprida, Cabrera, Soler, Suárez ...
Nombres en que retumban ya secretas las dianas,
las repúblicas y las mañanas,
las felices victorias, las muertes militares ..."* (S, p.115)

Recorrer la toponimia equivaldría entonces a recorrer la Historia de la ciudad y del país. Surgen en el texto unos como cuarenta personajes históricos argentinos, unas fechas conmemorativas y alusiones a acontecimientos importantes (calle 25 de Mayo, Defensa, Reconquista...). El recorrido del espacio toponímico se hace metafóricamente temporal y a despecho de la poca frecuencia de este tipo de comentario⁷, existiría pues una lectura en filigrana del topónimo por lo menos en *Sobre héroes y tumbas*, suscitada ya en el título por la ambigüedad de la palabra "sobre" ("encima" / "a propósito de").

Empero, con las advertencias que acabamos de hacer, nos movemos en la esfera equívoca de la interpretación y connotación

antes que de la denotación. Corremos riesgo de interpretar lo puramente contingente o autobiográfico como una elección literaria voluntaria, tal la casa de Sabato-personaje en *Santos Lugares*, nombre muy connotado pero que no hace más que reproducir la realidad de Sábato-autor. Corremos pues riesgo de entrar en la categoría de esos lectores que según una formulación de Julien Gracq "creyendo poseer una llave no paran hasta que hayan dispuesto la obra en forma de cerradura"⁸. Sin embargo, en Sábato, lo especial e interesante es que el mismo nos induce, lo vimos, a creer que tenemos la llave. La ambigüedad es tanto mayor cuanto se evoca el momento de confrontación de Sabato-personaje con los letreros de las calles de forma muy desconcertante :

"tuve que iluminar con los faros para ver el nombre. Quedé sobrecogido : ALEJANDRO DANIEL. (...) Jamás podía haber imaginado, el encontrarme con aquella figura secundaria de nuestro pasado, que existiera una pequeña calle con su nombre. Y aunque lo hubiese sabido, cómo atribuir al azar que me la encontrase en una ciudad de 50 kilómetros de diámetro y justamente después de haber corregido la parte de la novela en que Alejandro Daniel descarna a Lavalle?" (A, pp.26-27).⁹

De esta forma, tenemos la impresión de que son los topónimos los que andan en busca del autor. No sabemos donde se sitúan los límites entre lo autobiográfico y lo lúdico, lo voluntario y lo incidental. El propio autor como su lector participa y se somete a este juego de interpretación consciente/inconsciente de los signos.

En suma, el topónimo es un signo lingüístico polirreferencial, idóneo para servir de bisagra entre la realidad y la ficción y para explotar la ambigua relación Uno - Universo en la que descansa la actividad literaria de Sábato desde sus principios.

En efecto, la larga selección de datos toponímicos crea un efecto realista a la par que sirve de base para la elaboración del Buenos Aires de UNO/Sábato. Al mismo tiempo, la ausencia de mimetismo espacial propicia la coexistencia o superposición de varios niveles de lectura, en función del deseo o capacidad del lector a recurrir al código extratextual. Se establece por consiguiente una relación topónimo - UNIVERSO de los lectores.

Por otra parte Buenos Aires es en estas novelas el teatro de unos dramas argentinos : desarraigo interior de unos seres lejos de la patria de los antepasados, luchas entre peronistas y antiperonistas en S, violencia del régimen militar en A. La utilización del topónimo, lo observamos, apoya esa reflexión en

torno a la sicológica del porteño y a la trayectoria histórica argentina. Sin embargo la profusión de los nombres de lugares bonaerenses no imposibilita sino que incluso integra o patentiza la conversión de Buenos Aires, teatro porteño, en TEATRO UNIVERSAL de la batalla contra las fuerzas del Mal y en LABERINTO EXISTENCIAL de la soledad ciudadana. Buenos Aires se ha convertido en ejemplificación literaria de la ciudad babilónica por excelencia. Bruno la llama "Babilonia" en S y llega hasta la anulación del topónimo en A, cuando la tacha de "ciudad anónima" (A, p. 15). No deduzcamos por ese proceso de enajenación que Sábato deja de amarla, ya que el castigo apocalíptico con el que la amenaza también es puerta abierta hacia la *aparición de la paz* que tanto anhelan sus personajes o sea es puerta abierta hacia la *Jerusalén Celeste*.

¹ De ahora en adelante, nos referiremos a las tres novelas con las abreviaturas respectivas : T, S, A ; y citaremos por la edición de Madrid, Cátedra, 1991, para *El túnel* y Barcelona, Seix Barral, 1988, para las otras dos.

² Karl Kohut : "Ernesto Sábato : novelista de la metrópoli", en *Actas del IX Congreso de la Asociación de Hispanistas*, vol II, Francfort, Karl Dieter Vervuet, 1989, pp. 609-615.

³ Nos parece importante esa dimensión personal y temporal que conlleva el empleo del topónimo porque se pone de realce en S : el abuelo Pancho encerrado en un pasado estático sigue refiriéndose a la calle de la Universidad en vez de Bolívar y Nuestra Señora del Rosario en vez de Venezuela (S, p. 79). En sus novelas Sábato alude a la Plaza *Británica* y a la Torre de los *Inglese*s, hoy convertidas en Torre y Plaza *Fuerza Aérea Argentina*.

⁴ Benito Varela Jacome afirma que encontramos una exploración de cuatro zonas distintas (la Boca, Barracas, el centro, el Barrio Norte). Véase : "Función de los modelos culturales en la novelística de Sábato", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, nº391-393, enero-marzo 1983, pp. 192-201.

⁵ El caso más sintomático de la creación de parejas abstractas topónimo-personaje se produce con Tito, el Hombre de la calle Pinzón diríamos, ya que se caracteriza por las anáforas de "mirando/mirada a/hacia la calle Pinzón" (S, p. 98-105) y se subraya en el texto que "es una mirada abstracta y de cierto modo puramente simbólica".

⁶ El nombre del barrio se relaciona con Antonio Devoto, fundador y patrón del barrio aludido, pero aquí se puede utilizar con su sentido religioso.

⁷ Observamos otros cuatro en A : uno a propósito de la estatua de Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires en el actual Parque Lezama (A, p. 188) dos en relación con las guerras entre unitarios y federalistas, con las calles Pedro Echagüe (A, p.24) y Alejandro Danel (A, p. 26), y por fin se alude a la Plaza Grand Bourg y el exilio de San Martín en Francia (A, p. 77) .

⁸ "Que dire à ces gens, qui croyant posséder une clef, n'ont de cesse qu'ils aient disposé votre oeuvre en forme de serrure ?", Julien Gracq, *Lettrines*,

Corti, París, 1967, p.48.

⁹ Véase también la relación que Sabato establece entre su horror a las ratas y su paso por la calle Montsouris en París (A, p. 305).